bás, que quiere decir, hijo del padre no celestial, sino terreno, y en su competencia fuiste reprobado por los que eran hijos del demonio (1), y cumplian los deseos de su padre; no permitas que yo haga tal traicion como ésta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano tuyo, hijo de tu Eterno Padre, reprobando lo que tú repruebas, y aprobando lo que apruebas, estimándote á ti sobre todo lo criado, pues eres infinitamente más amable que todo ello.

PUNTO TERCERO

1. Pusilanimidad de Pilatos en la causa de Jesus.—2. Sentimiento de nuestro Señor al oir las voces del pueblo.

Atónito Pilatos de que el pueblo hubiese escogido á Barrabás, díjoles: Pues ¿qué quereis que haga de Jesus, que se llama Cristo? Respondieron todos á voces: Crucifícale, crucifícale. Replicó Pilatos tercera vez, diciendo: ¿Qué mal ha hecho este hombre? Yo no hallo causa en él, por la cual merezca muerte; yo le castigaré, y castigado le soltaré. Pero el pueblo, levantando más el grito clamaba: Crucifícale, crucifícale (2).

1. Aquí se ha de ponderar: lo primero, la pusilanimidad de este juez, que reconociendo la inocencia de Cristo nuestro Señor, no tuvo ánimo para librarle, ántes pregunta al pueblo furioso, qué quiere que haga de él, haciéndoles jueces del que aborrecian y le habian traido allí por envidia, todo lo cual resultó en afrenta del Salvador.

2. Lo segundo, tambien se ha de ponderar lo

(1) Ioan. VIII, 44.
(2) Matth. XXVII, 22, Luc. XXIII, 21 et seqq., Ioan. XIX, 6.

mucho que Cristo nuestro Señor sentiria aquellas voces tan rabiosas y tan repetidas, crucifícale, crucifícale, viendo que no sólo pedian que fuese muerto, sino muerto con tan cruel muerte, como era la de cruz. ¡Oh Salvador del mundo, en cuán grande aprieto te han puesto mis pecados! Ellos son los que dan voces, y dicen: Crucifícale, crucifícale; porque siendo tú crucificado, quedarán ellos contigo crucificados, y muertos en la cruz (1). Mátalos, Señor, de modo que nunca más vivan en mi alma, porque no salga de ella otro clamor semejante, crucificándote otra vez dentro de mi corazon (2).

MEDITACION XXXV

DE LOS AZOTES DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á LA COLUMNA

PUNTO PRIMERO

1. Por dos motivos mandó Pilatos azotar al Señor: para ablandar al pueblo y para cumplir con la ley de los romanos.—2. Cuán injusta y cruel fué esta sentencia.—3. Con qué amor la aceptó el Señor para curar nuestras llagas con las suyas.

Viendo Pilatos la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dió contra él la primera sentencia, que fuese azotado; entregándole á los soldados, para que luego la ejecutasen (3).

1. Sobre este punto se han de ponderar los mo-

(1) Rom. VI, 6.—(2) Hebr. VI, 6.
(3) Matth. XXVII, 26, Ioan. XIX, 1.

tivos que tuvo Pilatos para dar esta sentencia, que fueron dos. El uno, para ver si con esta pena de azotes ablandaria al pueblo, de modo, que quedase satisfecho, y así pudiese librar á Cristo de la muerte; de donde se puede creer, que mandaria á los soldados le azotasen cruelmente (1), y le pusiesen tal que moviese á compasion á los que le mirasen.

El segundo, porque si hubiese de ser crucificado, hubiesen precedido los azotes, segun la ley de los romanos, que lo ordenaba así, para que el crucificado, no ofendiese con su vista á los que le miraban desnudo, ántes les moviese á compasion, viéndole llagado. De donde algunos contemplan, que Cristo nuestro Señor fué azotado dos veces. La primera, por el primer motivo; y la segunda por el segundo, cuando fué condenado á muerte de cruz.

2. Pero como quiera que esto haya sido, la sentencia fué injustísima, cruelísima y atrocísima, porque conocia bien el juez que Cristo era inocente, y sin embargo de esto le condenó á castigo de azotes, que era castigo infame, propio de ladrones y de esclavos, y castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores, y confirmando con la obra lo que el pueblo habia hecho en escoger á Barrabás y condenar á Cristo, pues lo trataba como merecia ser tratado Barrabás, por sus hurtos y latrocinios.

3. Con ser tal la sentencia, Cristo nuestro Señor, en su corazon la aceptó, sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja, ni dar muestra de sentimiento contra ella; ántes de muy buena gana ofreció su cuerpo á los azotes en satisfaccion de nuestros pe-

(1) Luc. XXIII, 22-16.

cados, para que con las llagas de todo su cuerpo, como dijo Isaías, sanase las llagas de toda mi alma (1), y me provocase á servirle y á amarle; pues descubriéndome sus entrañas, rasgadas con azotes, me obligaba á que yo le diese las mias con todos mis afectos. Es de creer, que entónces Cristo nuestro Señor levantaria los ojos al cielo, y diria á su Eterno Padre aquellas palabras de David: *Padre mio, aparejado estoy para los azotes* (2), porque tú así lo has ordenado; mi cuerpo habia de ser inmortal é impasible, de modo que no pudiese tocar mal de pena, ni el azote pudiese acercarse al tabernáculo en que mora mi alma; pero tu providencia ordenó que yo tuviese un cuerpo apto para padecer y ser azotado (3), y desde entónces estoy aparejado para ello, con deseo de pagar lo que no robé, por librar de la pena á los que robaron tu honra (4). Gracias te doy, oh dulcísimo Redentor, por haber aceptado sentencia tan cruel, tan infame y tan injusta. Vesme aquí, Señor, aparejado por tu amor, para los azotes, con ánimo de aceptar la sentencia que dieres contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será infame, ni cruel, pues es sentencia de padre, que azota al hijo que ama (5), para que se enmiende.

(1) Isai. LIII, 5. — (2) Ps. XXXVII, 18.
(3) Hebr. X, 5, Ps. XXXIX, 7. — (4) Ps. LXVIII, 5.
(5) Prov. III, 12, Hebr. XII, 6.

PUNTO SEGUNDO

1. Vergüenza de Cristo al verse desnudado de sus vestiduras.—2. Su tormento en ser atado á la columna.

Oida esta sentencia, tomaron los soldados á Cristo con grande orgullo, y entráronle dentro de una sala; y en entrando, le despojaron de sus vestiduras, hasta la túnica inconsútil.

1. En lo cual se ha de ponderar, la vergüenza grande que padeceria aquel hermosísimo mancebo y excelentísimo Señor, viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escarnios que harian de él, viéndole tan vergonzozo, y esta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo de la desvergüenza con que yo me desnudé la vestidura de su gracia, y en precio para comprar esta sagrada vestidura con que se cubra mi miserable desnudez. ¡Oh amantísimo Señor, que me persuades compre de ti *oro puro* (1) y encendido de caridad, y vestiduras blancas de virtud, con las cuales me libre de la eterna confusion que merecia por estar desnudo de ellas, yo te ofrezco por precio la desnudez y vergüenza que padeces, con un corazon determinado á desnudarme de todo lo terreno! Por ella te suplico me vistas con tu divina gracia, para que no caiga en la confusion eterna.

2. Tambien se puede considerar, que como algunos dicen, los soldados ataron fuertemente á Cristo nuestro Señor á una columna, los brazos levantados en alto para poderle herir más á su placer (1), lo cual no seria pequeño tormento, porque le ataron por los piés y por las muñecas con grande crueldad; pero cuando no le atasen con sogas, estaba él más atado con las cuerdas del amor, y aparejado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio. Oh Cordero sin mancilla, que con admirable mansedumbre te dejas atar de estos crueles esquilmadores (2), no sólo para quitarte la lana de tus sagradas vestiduras, sino para desollar tu delicado cuerpo con tijeras de crueles azotes, sufriendo este dolor sin balar, ni abrir tu boca (3); suplícote me ates contigo con cuerdas de caridad (4), tan fuertes, que no basten á desatárme los azotes y trabajos temporales. Amen.

(1) Apoc. III, 18.

PUNTO TERCERO

1. Flagelacion de Cristo.—2. Circunstancias que la hicieron sumamente dolorosa: de parte del cuerpo de Cristo; de parte de los sayones; de parte del número de azotes; por parte de nuestros pecados.—3. Paciencia del Salvador en este tormento.—4. Despues de la flagelacion Cristo se viste con grande trabajo sus vestiduras.

1. Estando ya Cristo nuestro Señor desnudo en la columna, comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen fueron tres diferentes de que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos despues de otros; es á saber: unas varas verdes, llenas de espinas, y unos ramales tejidos de nervios de bueyes, con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro, que he-

(1) Luc. XXIII. — (2) Isai. LIII, 7. — (3) Ibid. — (4) Os. XI, 4.

rian y penetraban hasta los huesos. Con estos azotes comenzaron á descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales con la furia de los golpes. primero se acardenalaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenian, despues penetrando los azotes la misma carne, vertian arroyos de sangre que caian en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho hasta descubrir los huesos. De suerte, que como todo el cuerpo místico de su pueblo, como dice Isaías, estaba llagado de piés á cabeza, y del menor hasta el mayor, y con llagas de pecados (1), así el cuerpo de Cristo nuestro Señor desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, no tuvo parte sana, sino todo llagado como leproso, de la manera que le habia visto en espíritu el mismo Isaías cuando dijo: *No tenia figura ni hermosura. Vímosle, y no habia en él cosa que se pudiese ver y desear. Estaba despreciado, y el más abatido de los hombres, varon de dolores y experimentado en trabajos. Traia su rostro escondido y no hicimos caso de él. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios y humillado; pero fué llagado por nuestras maldades, y molido por nuestros delitos: el castigo causador de nuestra paz, descargó sobre él, y por sus llagas hemos sanado todos* (2). ¡Oh quién tuviera luz del cielo para contemplar, Redentor mio, la figura tan desfigurada que tenias en esa columna! ¡Oh quién tuviera caridad tan encendida, que bastara para transfigurarme en esta figura (3), por la fuerza de la compasion!

(1) Isai. I, 5-6. — (2) Isai. LIII, 2 et seqq. — (3) II Cor. III, 18.

Oh el más hermoso de los hijos de los hombres (1), ¿quién te ha quitado la figura tan hermosa que tenias? Oh resplandor de la gloria del Padre (2), ¿quién ha oscurecido el resplandor de tu divino rostro? Oh varon, sobre todos los varones, deseado y esperado de todas las gentes (3), ¿quién te ha convertido en varon de dolores, y hecho abominacion de todas ellas? Oh salud de los leprosos, ¿quién te ha puesto como leproso? Oh Padre Eterno, ¿por qué consientes que sea tu hijo tratado como ladron, y tenido por hombre herido y castigado del mismo Dios? Si mis pecados son la causa, más justo es que yo sea castigado por ellos. Yo soy el que pequé, este Cordero ningun mal ha hecho; *convierte tu mano contra mí* (4), descarguen los azotes sobre mis espaldas, para que pague la pena quien cometió la culpa. ¡Oh inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo por reconciliar consigo al esclavo! ¡Oh infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar al esclavo con su Padre! Gracias te doy, Padre Eterno, por esta tu inmensa caridad, y gracias te doy, Hijo unigénito encarnado, por este tu infinito amor.

2. Para ponderar más la crueldad de este castigo, puedo poner los ojos en cuatro cosas que concurrieron en él. La primera, de parte del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que era tierno, y delicado y muy sensible, y por otra parte estaba muy quebrantado con el sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y de aquel dia; y como las heridas entraban muy adentro penetrando las entrañas,

(1) Ps. XLIV, 3. — (2) Hebr. I, 3.
(3) Aggaei. II, 8. — (4) II Reg. XXIV, 17.

causaban excesivo dolor, y por esto en el Salmo, donde dijo: *Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores* (1), dice otra letra *araron*; porque como el arado penetra la tierra, y la sulca toda, así los azotes araron su sacratísima carne, y la sulcaron, penetrando lo interior de ella. Oh tierra virginal, pura y blanda; poca necesidad tenias de ser arada, si la compasion que tenias de la dureza de mi corazon no te moviera á ello. Penétrale, Dios mio, con el arado de la compasion, para que sienta en mi carne los dolores que penetraron la tuya. La segunda causa fué, de parte de los sayones, que eran crueles de su condicion, y el presidente les habia mandado que con crueldad le azotasen por las causas dichas. Y el demonio les atizaba á ello para mover á Cristo nuestro Señor á impaciencia, y los príncípes de los sacerdotes y los judíos les pondrian fuego; y como se remudaban á menudo, los que de nuevo comenzaban heríanle con nueva crueldad, especialmente viendo á Cristo tan sufrido, y que no se quejaba, quizá á porfía le herian por sacarle algun grito ó quejido. La tercera fué de parte de la muchedumbre de los azotes y de los que le herian. Muchos dicen que fueron más de cinco mil, y de la crueldad de sus enemigos se puede presumir, porque no se guardaba con Cristo la ley de dar cuarenta golpes ménos uno (2), cómo dijo de sí San Pablo, sino muchos números de cuarenta (3), haciendo la penitencia que nuestros pecados merecian. Y esta es la cuarta causa por parte de nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos; y así los azotes con que se pagaban, habian de ser como innumerables y cruelísimos.

(1) Ps. CXXVIII, 3. — (2) Deut. XXV, 3. — (3) II Cor. XI, 24.

3. Con estas consideraciones tengo de ponderar la invencible paciencia de Cristo nuestro Señor, el cual estaba como mudo sin dar muestras exteriores de queja, ó de turbacion ó enfado, sufriendo como una yunque los golpes, ofreciéndolos al Padre Eterno en satisfaccion de nuestros pecados con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenia deseo y voluntad de recibir muchos más y más crueles, si fuera necesario para nuestro remedio; y así nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta, y la justicia de Dios satisfecha. De donde sacaré grande aborrecimiento de mis pecados, que fueron la causa de este castigo, y un gran deseo de castigarlos yo mismo con penitencias y disciplinas. Y finalmente, poniéndome á los piés de este Señor junto á la columna, mirando su soledad; y como no hay hombre que de él se duela y compadezca, y como por todas partes se va desangrando y enflaqueciendo; unas veces con el espíritu besaré la tierra bañada con la sangre de mi Señor y Criador, otras veces tomaré aquellos azotes teñidos con su preciosa sangre, y ponerlos he sobre mi corazon, suplicándole que sane las llagas de mis aficiones desordenadas, y me llague con su divino amor. Otras veces abrazaré aquella santa columna, y la saludaré con gran reverencia, diciendo: ¡Oh dichosa columna, en la cual fué atado y azotado el que es columna del mundo y fortaleza de todo lo criado! ¡Oh columna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios, derramada para hacer á los hombres fuertes columnas en *el templo de Dios vivo!* (1). ¡Oh quién estuviera atado

(1) Apoc. III, 12.

contigo para ser bañado con esta sangre, y quedar hecho columna en el servicio del que tanto padeció por mi remedio! ¡Oh columnas del cielo, ¿qué haceis? ¿cómo no temblais de espanto viendo azotado á vuestro Dios en esa columna? ¡Oh columna firmísima, en quien estriba todo el mundo, compadécete de ti mismo, vístete de tu fortaleza, oh brazo del Señor (1); porque te has desangrado y enflaquecido, y estás á punto de desfallecer! Y pues todo esto padeces por mis culpas, fortaléceme con tu gracia para que yo las castigue, y me enmiende de ellas. Amen.

4. Últimamente, ponderaré cómo acabada esta justicia tan injusta y desapiadada, los soldados desataron á Cristo nuestro Señor; el cual como quedó molido con los golpes, y enflaquecido por la mucha sangre que habia vertido por las llagas, es de creer que caeria en tierra; y como se vió desnudo, y las vestiduras estarian algo apartadas, iria por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba alrededor de la columna; y como mejor pudo se las vistió, porque los verdugos, parte por crueldad, parte por desdén, no le querian ayudar á vestir. Todo esto puedo piamente contemplar, compadeciéndome del desamparo y flaqueza de este Señor. Oh Rey del cielo, que ayudais á todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna, ¿cómo no teneis quien os ayude en esta necesidad? Oh vestiduras sagradas, que sanasteis el flujo de sangre de la mujer que tocó en vuestro ruedo, y dábades salud á cuantos enfermos os tocaban; sanad las llagas de mi Salvador, y detened la corriente de su sangre, para que pueda padecer hasta dar fin á nuestra redencion. ¡Oh quién se hallara presente para servirle, aunque fuera menester dar mi sangre por aliviarle! Recibid, Dios mio, esta buena voluntad que me habeis dado, y confortadla para que os sirva en todo lo que pudiere, con deseo de hacer mucho más de lo que puede.

(1) Isai. LI, 9.

MEDITACIÓN XXXVI

DE LA CORONACION DE ESPINAS, Y DE LOS DEMÁS ESCARNIOS QUE LUEGO SUCEDIERON

PUNTO PRIMERO

1. Insaciable deseo que Cristo tuvo de padecer.—2. Maldad de los soldados en reunirse para hacer escarnio de él.

Los soldados que habian azotado á Cristo nuestro Señor, instigados del demonio, inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos, por una parte dolorosísimos, y por otra afrentosísimos; y para que fuese la afrenta mayor, convocaron á toda la cohorte, que eran los soldados de la guarda, para que asistiesen á este espectáculo, y á la burla ó farsa que pretendian hacer de Cristo á costa de su honra y descanso, los cuales fueron todos de buena gana por entretenerse.

1. Sobre lo cual tengo de ponderar: lo primero, la insaciable gana que Cristo nuestro Señor tenia de padecer por nuestro amor, porque de ésta nació querer que se inventasen contra él nuevos modos de injurias y tormentos, no se contentando con los